

DARWIN.

NINGUNA personalidad de la época presente, ninguna de las teorías aventuradas ó establecidas á propósito de los más arduos problemas de la ciencia, han sido tan discutidas, ni dieron que hablar más, ni fueron objeto de mayor atención y estudio, que la personalidad científica y la teoría de aquel varón insigne, de aquel sabio ilustre, cuyo espíritu abandonó el 19 de Abril de 1882, la frágil material envoltura que, como en cárcel, le habia detenido durante setenta y un años y cuyo respetabilísimo nombre encabeza estas líneas.

Fué Darwin de aquellos hombres que sólo viven para el trabajo y que en sus estudios procuran únicamente establecer una verdad ó principio superior, al cual convergen y en él se reúnen multitud de datos y experimentos sin número; perteneció, por sus condiciones de hombre de ciencia y por su carácter, á esa especie de sabios más solícitos de probar hasta la evidencia la verdad que nace y toma cuerpo en su entendimiento, que de lucir ingenio y arte en exponer ciencia; que más vale, en verdad, trabajar en investigaciones positivas, siguiendo nuevos derroteros, que ir por trillado camino, en el cual los escollos son siempre los mismos, é iguales para todos los medios de vencerlos. Como experto marino, que en medio de la bravura de horrible tempestad conserva sereno el ánimo, y seguro de su poder y del camino ó ruta emprendida, se aferra al timón y, con fuerza inmensa, lejos de zozobrar, parece como si venciera á los desencadenados elementos, porque, sin perder tiempo ni camino, llega al punto á donde se propusiera llegar, así Darwin, como en otro tiempo Newton y Copérnico, con inteligencia superior, dotado de facultades y medios de percepción é investigación no igualados, en completa y absoluta posesión de un método científico, viendo clarísima la doctrina que consignara en alguna de sus obras fundamentales, camina sereno y con paso firme hasta el puerto á que se propusiera arribar, demostrando en cada uno de sus magníficos trabajos aquellas leyes que constituyen en definitiva lo esencial de la doctrina de la evolución. Nada importa al sabio que partidarios demasiado fogosos y entusiastas, variando por completo el sentido de esta teoría, lleguen á consecuencias exageradas; para ellos la mesura, prudencia y seriedad del maestro es la mejor respuesta. Nada importa tampoco que impugnadores de tal doctrina se levanten contra ella; Darwin responde á todos en cada uno de sus libros, riquísimos en experimentos, originales en los procedimientos, é ingeniosos por todo extremo. Mas téngase entendido que el naturalista no es el hombre de la polémica que ama la discusión sobre

todo; él comprende que en ciencia cabe muy poco discutir en punto á teorías y opiniones, y sólo es posible cuestionar acerca de la apreciación de los hechos, y por eso, que yo sepa, jamás discutió Darwin respecto de sus principios, ni aún los colocó frente de otros; todo su afán era recoger hechos, experimentar y estudiar, y presentar luego sus estudios y sus experimentos, deduciendo de ellos la ley que le parecía más apropiada para explicarlos; no llevó prejuicios á la ciencia, y por eso fué siempre prudentísimo en teorizar, tanto, que cuanto hizo en este orden puede contenerse en muy pocas páginas; él mismo, en la introducción de una de sus obras más importantes, *Variación de los animales y de las plantas por la domesticidad*, indica perfectamente la índole y el carácter de cuantos trabajos emprendió y ejecutaba: «Mi intención, dice, no es otra sino presentar, á propósito de cada especie, los datos que he podido recoger y observar por mí mismo y que me parecen los más propios para atestiguar la importancia y naturaleza de las modificaciones que plantas y animales experimentaron bajo el dominio del hombre y para dar alguna luz acerca de los principios generales de la variación»; palabras que demuestran hasta dónde se equivocan los que, juzgando á Darwin, más por comentaristas demasiado adeptos ó por impugnadores fogosos en demasía, que por los escritos del naturalista eminente, cuyo nombre debe pronunciarse con veneración y respeto, siquiera por la importancia de sus originales trabajos, que son uno de los mayores estímulos para el estudio de la Naturaleza y una de las causas que más hicieron adelantar la ciencia en nuestro tiempo, créenle sectario de una doctrina establecida *à priori* y juzganle demasiado ligero en experimentar y hacer ciencia. Quien tal cosa busque en las obras de Darwin equívocase por completo; que ellas son excelente espejo en donde se refleja inteligencia clarísima y recto modo de pensar, y de ninguna manera imágen confusa é informe de turbada mente y erróneo discernimiento.

Por eso hay que considerar al naturalista que más autoritadamente representa las ideas evolucionistas únicamente como hombre de vastísima ciencia, cuidadoso tan sólo de probar con hechos sus doctrinas, sin atender ni á la influencia que en otros órdenes de ideas puedan tener, y aún sin preocuparse mucho de sus tendencias y alcances. En cuanto á esto, aún habré de añadir que es más que probable cierta especie de inconsciencia por parte de Darwin respecto de la trascendencia y alcance de sus opiniones, cuya influencia tanto se hace sentir en todas las ciencias, aún en aquellas que más apartadas parecen del especial estudio del naturalista. Precisamente esta inconsciencia es carácter que acerca mucho y pone en relación muy inmediata la obra del científico y la obra del artista; ambos poseen el proce-

dimiento de trabajo y la concepcion completa de la obra que se proponen ejecutar; pero ninguno de los dos puede decir cuál ha de ser, en lo futuro, el resultado, la trascendencia y el alcance de aquel trabajo que habia gastado su actividad, de aquella obra á la que consagraran por completo sus facultades creadoras.

No voy á hablar de Darwin analizando detenidamente sus obras, ni pretendo juzgar, aquilatando méritos, su personalidad científica; quiero, sí, bosquejar el elogio de aquel que fué en vida trabajador incesante, sabio laboriosísimo, original pensador é insigne maestro; de aquel que cosechó para la ciencia abundantes y ricos frutos en tierras vírgenes y en campos que hasta él habian parecido estériles; de aquel que, al enunciar, el primero, con precision y claridad, la teoría de la evolucion, esa teoría que constituye una de las más preciadas conquistas de la ciencia de nuestro tiempo, demostró cuánto era elevado el concepto que tenia de la Naturaleza, y grande la inteligencia que supo dar forma y nueva vida á aquella idea poéticamente expresada por Goethe en sus artísticos conceptos del Universo, vislumbrada por Hegel, á traves de su filosófico idealismo, y que Lamarck quiso empezar á establecer en sus deficientes é ingenuísimas observaciones.



Digna morada de su gran inteligencia era la venerable cabeza de Darwin; ancha y espaciosa la frente, en la que se ostentaban algunas arrugas; desnuda de cabellos la parte alta del cráneo, cuya parte inferior estaba orlada de canas, formando conjunto algo semejante á cabeza de franciscano; prominentes las cejas y hundidos los ojos, dotados de profunda y reflexiva mirada, que más parecia dirigirse al interior que al exterior, y que demostraba la concentracion de aquel espíritu eminentemente observador; rugosa y bien poblada de blanca barba la cara, que indicaba en todas sus líneas la austeridad y rectitud del científico, y expresaba la seriedad del investigador: tal era en sus rasgos más característicos la fisonomía del insigne autor de *El origen de las especies*. A él llegaron dos herencias científicas: una, que pudiera llamarse de familia y venía de su abuelo Erasmo Darwin, naturalista muy célebre en su tiempo, autor de la *Zoonomia*, de la *Fitología* y de un poema en dos cantos nombrado *Jardín botánico*; la otra de la ciencia misma, de aquellos que, con más ó ménos fruto, trabajaran ántes que él en la reconstruccion de la ciencia de la Naturaleza y en el establecimiento de las doctrinas trasformistas: Darwin, dotado de superior espíritu científico, aumenta por modo considerable el caudal de ciencia heredado, y descubre nuevos horizontes en que ejercitar su extraordinaria inteligencia.

Cada nacion, al modo que tiene su arte propio y característico, parece como si imprimiera también carácter especial á los que en ella se dedican á la ciencia; tanto, que aplicando una de las leyes enunciadas por el mismo Darwin, puede decirse que, como en el artista, influye en el científico el medio en que vive. Este medio es para él favorable en alto grado en las regiones del Norte, singularmente en Inglaterra. Agrada más á los meridionales la síntesis que el análisis; se impresionan más fácilmente, y por esta misma impresion aceptan ó rechazan con prontitud leyes y teorías; por eso

más sirven para generalizar principios que para investigar atenta y pacientemente los hechos. En el Norte, variando el medio, varía también el procedimiento, y así se ve que, generalmente, los hombres de ciencia dedicanse con preferencia al estudio del detalle y del pormenor; mas los sabios ingleses son al modo de una excepcion, y lo mismo sirven para examinar hechos y fenómenos y aducir minuciosos datos, que para elevarse á las más altas concepciones científicas, generalizando las leyes formuladas para explicar ciertos hechos, de manera que, al ménos en lo que toca á los de primer orden; son los ingleses sabios completos y perfectos investigadores, distinguidos lo mismo en la ciencia experimental que en la de puro razonamiento. Así fué Newton, y así fué también Darwin. Sus trabajos, en cuanto al método empleado, tienen, sin duda alguna, mucha semejanza, y su espíritu científico, como innovadores, muchos puntos de contacto. Ninguno de ellos es hombre de pelea; con nadie contendieron; no quisieron convencer, y sólo intentaron probar; sabian muy bien que en ciencia es el hecho la mejor prueba, y todo su cuidado y afán fué acumular pruebas de hechos; comprendian que la alta mision del científico es dejar algo nuevo, llegar adonde nadie llegó, empujar la ciencia de su época y hacerla dar un paso más en el camino de la investigacion de la verdad, y Newton, con sus conocimientos matemáticos y sus grandes trabajos, llega á aquel principio inmortal que lleva su nombre, y Darwin, experimentando y observando la Naturaleza, consigue establecer las leyes que contienen la teoría de la evolucion. Aun para ser más semejantes, sus vidas se parecen. Vivieron los dos, casi siempre en el campo, exclusivamente para la ciencia; aisláronse del mundo, y, como los místicos, sólo supieron vivir con las ánsias de llegar á la eterna verdad.

Es menester que se comprenda bien la importancia científica de Darwin y de sus teorías; es preciso que se juzgue al naturalista en lo que es, dentro de sus obras, con criterio desinteresado y sin dar á sus conclusiones, ni más interpretación, ni otro alcance que el concedido por él á cuanto de sus trabajos deducia. Darwin, en punto á establecer conclusiones y formular teorías, es como Linneo: hizo mucho y teorizó poco; nunca quiso imponer su opinion ni erigir en dogma su doctrina; fué hasta una conclusion á que los hechos le llevaron; y despues de esto, todo su trabajo se redujo á aducir datos y más datos que fuesen pruebas de la primera afirmacion. Estudiando sus obras, puede verse cómo, despues de establecidas las leyes de la evolucion, todo lo demas se reduce á hacer ver estas mismas leyes, obrando de distinto modo en los diferentes seres, pero confirmandose siempre en todos.

Podrá decirse cuanto se quiera contra los principios de la teoría evolucionista; podrán negarse éstos por completo, y aún demostrarse que son falsos; nadie podrá negar la eficacia de los procedimientos empleados, ni el rigor de las observaciones; nadie negará á Darwin la condicion de científico en grado eminente, y partidarios y adversarios, todos han de convenir que el incomparable naturalista unia, á la manera de ver la Naturaleza de Goethe, el rigor lógico de Hegel y el talento de observacion de Lamarck.



Tal fué Darwin como científico, y tal el espíritu que domina en todas sus obras y en la teoría de la evolución, que formuló el primero con verdadero carácter de seriedad, deteniéndose siempre, quizá con prudencia excesiva, en aquel punto del cual no podían pasar sus experimentos, según lo demuestra en la conclusión de la obra antes citada, cuando dice: «Si admitimos que cada variación particular ha sido predeterminada desde el origen de los tiempos, la plasticidad de la organización que conduce á tantas desviaciones nocivas á la conformación, y este poder de reproducción superabundante, que arrastra de un modo inevitable á una lucha encarnizada por la existencia, y tiene, por consecuencia, la selección natural, que es la supervivencia del organismo más perfecto y apto para la vida, deben parecer leyes superfluas de la Naturaleza. Por otra parte, estando todo ordenado y previsto por un Creador omnipotente y omnisciente, nos hallamos frente de un problema tan insoluble como el del libre albedrío y la predestinación.» Con estas palabras, que son las últimas escritas acerca de las variaciones de los animales y de las plantas, expresa Darwin realmente todo su pensamiento y todas sus ideas sobre la trascendencia de cuanto pensara y escribiera, porque ellas sintetizan y contienen la teoría de la evolución en toda su generalidad; pero son, al mismo tiempo, como límite que no se atreve á franquear, confin tras del cual se halla un arduo problema, que él, como naturalista, no quiere resolver, aunque en sus obras y en sus trabajos otros deban hallar medio de salvar la dificultad.

Para conocer y juzgar cuánto es el valor del naturalista eminente, basta decir que los principios y leyes de Darwin son la conquista más preciada y valiosa de la ciencia de nuestro tiempo y el fundamento más positivo del actual concepto del mundo; por eso creo que exponer brevemente las bases de tal teoría, considerando la evolución con toda la generalidad que en el día tiene, es hacer el mayor elogio de quien observó y analizó cuidadosamente la fecundación de las orquídeas por los insectos, del que descubrió las leyes que rigen la facultad motriz de las plantas y sorprendió el secreto de las formas de las flores, contribuyendo con todos estos trabajos á dar mayor solidez y firmeza á las leyes enunciadas en la inmortal obra llamada *Origen de las especies*.

Escasos antecedentes contaba Darwin para su obra, y á más de escasos, carecían de aquella unidad que es tan necesaria en las investigaciones científicas. Algo muy valioso había hecho el célebre Lamarck; pero ni era bastante, ni sus conclusiones podían incondicionalmente aceptarse. En otro orden de ideas, referente siempre á evolución subjetiva, trabajarán, con aquella lógica que le es característica, el insigne idealista Hegel; mas, si muy estimable su trabajo, era deficiente, por no comprender, y aún eso dentro de su sistema eminentemente idealista, sino uno de los términos de la evolución, no por cierto más importante que los demás. Y quizá en un sentido artístico, producto, mejor que de paciente observación, de elevado y sublime sentimiento de la Naturaleza, el incomparable poeta Goethe expresó más claro el concepto de la evolución, generalizando el dato que mejor había sentido que investigado, en aquella hermosa poesía que titula *Metamorfosis de las plantas*; pero ni Lamarck, ni Hegel, ni Goethe, llegaron nunca á fijar una ley

ó á determinar un principio. Estaba reservado á Darwin, aprovechando los datos incompletos y aduciendo pruebas mayores y hechos más importantes, enunciar las leyes generales que rigen la vida y desenvolvimiento de los seres todos, de igual manera que á Newton estaba reservado enunciar y establecer aquel principio de la gravitación universal, que se adivinaba y entrevía en los trabajos de Kepler.

Tal como hoy se entiende, es la evolución fórmula cabal y expresión perfectísima de un elevado sentido de la Naturaleza, puesto que, generalizando y extendiendo, como era lógico, las leyes enunciadas por Darwin, llega á admitirse que todo el Universo es un sér, análogo, en cuanto á su estructura, génesis y funciones, á cualquiera de los seres que en él viven. Y, en efecto; si todo procede de herencia, y si las cualidades de los padres deben transmitirse y se transmiten á los hijos; si al mismo tiempo la selección requiere que las especies se perfeccionen siempre que los individuos procedan de otros perfectísimos; si la lucha por la vida es causa de que sólo puedan vivir los seres dotados de mejores condiciones; si la influencia del medio modifica los órganos y las condiciones de los seres, y si, en fin, la vida se caracteriza por el cambio incesante y perenne, todo vive, todo cuanto hay en la Naturaleza, y aún ella misma, son seres orgánicos provistos de órganos que cumplen análogas funciones. No se llega á esta conclusión, que es causa de que sólo se admita la existencia de lo orgánico, en virtud de hipótesis más ó menos aventuradas, ni de conjeturas atrevidas; es, por el contrario, producto de experimentos notables y de observaciones delicadísimas acerca de la génesis y funciones de los seres todos. Figúranos que tratamos de estudiar la comunidad de origen del astro más lejano y del organismo más sencillo. Fórmase el astro por aglomeración de informe materia, en el punto preciso en que se produce un centro de fuerza, en torno del cual se agrupa la nebulosa, con su forma indefinida, semejante á la de las nubes más tenues y sutiles. Procede el sér de la aglomeración también de otra masa sin forma, de la materia protoplasmática, en la que ningún órgano se diferencia, y es en todo semejante á la nebulosa, primordial elemento del astro. Después del primer período señalado, éste, sin cambios bruscos, sin cataclismos de ningún género, por virtud de las energías que posee la masa informe que lo constituye, va comenzando á tomar forma; aquella primera materia adquiere más consistencia, y se determina la forma primitiva, elemento sencillo, célula del astro. De igual manera, la masa protoplasmática, gérmen del sér organizado, toma también forma, se determina, se diferencia, dando origen á un cuerpo, más ó menos redondeado, que constituye la llamada célula orgánica; y así como esta célula, por segmentación y bipartición reiterada, va dando origen y constituyendo tejidos y órganos que componen diferentes sistemas y forman el sér en completo y perfecto estado de desarrollo, así la segmentación y diferenciación de la célula elemental del astro constituye y forma sus distintos órganos, bien entendido que á esta diferenciación y distribución de la masa corresponde igual hecho en la energía, á fin de que el trabajo de su función total se distribuya en todos los órganos.

De aquí se deduce que los seres superiores, cómo los astros más perfectos, proceden de seres más inferiores, per-

feccionados por evolucion, trasformados en virtud de un trabajo del mismo sér, de la herencia de aquellas perfecciones que éste haya podido adquirir, del cruzamiento de los individuos más orgánicamente perfectos, y de la influencia del medio exterior en la modificacion de los órganos; por donde se ve que cuanto existe y vive es producto de evolucion, no ha nacido perfecto, ni se ha creado tal como es, sino que procede de este trabajo lento y continuado de la vida, de este cambio perenne de las cosas.

Ciertamente que no se hacen al acaso estas variaciones y evolucion de los seres; verdad que para convertirse un sér en otro, para modificar el más insignificante de sus órganos solamente, lo ha de hacer según leyes especiales y con cierta medida; y estas leyes, inflexibles y exactas, deben cumplirse en los seres todos; por eso se asigna el carácter evolutivo á tales cambios, y se admite la influencia del medio ambiente como causa modificadora; pero no es ménos verdad tampoco que, si á cada variacion particular rige ley determinada, que es repeticion de la general que gobierna á la de todos los seres, aquella variacion no está prede-terminada, lo cual quiere decir que la evolucion de los seres no es cosa que se halla prevista para cada uno; pues entón-ces nada importaria que cambiase de medio, que heredase condiciones especiales opuestas á las que determinan su evolucion preestablecida; ésta se cumpliría á pesar de todo. Nadie podrá negar que tal supuesto es un verdadero absurdo, que se opone abiertamente á las leyes generales de la evolucion; porque, á ser cierto que cada individuo sólo puede evolucionar de determinada manera, ¿para qué se necesita la influencia del medio, esa acomodacion de órga-nos y funciones al ambiente en que el sér vive? Si el orga-nismo carece de esa plasticidad que Darwin admite, ¿á qué reconocerle un poder inmenso de reproduccion, de la que es efecto inmediato la lucha por la vida, y consecuencia la seleccion, que significa, según el mismo Darwin, la supervi-encia del organismo más perfecto y apto para la vida?

Por eso se admite que si la evolucion, en general, revis- te para todos los seres caracteres idénticos y se rige por las mismas leyes, hay cierto poder individual, efecto acaso de las condiciones peculiares y propias del sér, que hace va-riar la forma de esta evolucion. Al modo que, de muchos seres trasladados de un clima á otro, y sujetos á vivir de distinto medio que ántes vivian, unos no experimentan va-riacion alguna y resisten la influencia de aquel medio, otros perecen, y los más se acomodan á vivir modificando sus órganos; así, cuanto existe, por sus condiciones orgánicas individuales, se modifica de modo distinto, cambia de di-versa manera y cumple su evolucion, no dentro de un ci-clo establecido desde el principio de los tiempos, sino del modo y manera que le permiten sus propias condiciones y las del medio en que vive; por eso no es posible prever é indicar de antemano cuál será la evolucion de un sér cual-quiera, como no puede decirse, de varios seres que cambian de medio de vida, cuáles vivirán sin alteracion, y cuántos han de modificar de alguna manera sus órganos.

En esta gran teoría, la más trascendental de la época ac-tual y que constituye, al presente, una doctrina que infor-ma la Psicología, la ciencia social y la política, y cuya influencia se hace sentir, con gran fuerza, en todos los ór-denes de la vida intelectual, tuvo Darwin la mejor parte:

en el más popular y leído de sus libros comenzó enuncian-do la evolucion sólo para los animales y las plantas, y en este libro, que es *El Origen de las especies*, consigna ya las leyes según las que los seres, en su desarrollo progre-sivo, pueden cambiar de especie originando otros seres dis-tintos; pero no repentinamente, sino como producto de una evolucion lenta y continuada; puesto que, no conservándo-se los seres idénticos á sí mismos en toda su vida, algo de estos cambios que experimentan ha de trasmitirse á los su-cesores. Sabido es que las leyes de la evolucion admitidas por Darwin son: la herencia, la seleccion, la adaptacion al medio y la lucha por la vida. Determina la herencia la per-petuidad del sér; la seleccion su progresiva mejora; la adap-tacion el cambio de órganos y su trasformacion progresiva, y la lucha por la vida asegura el predominio de los mejores y más perfectos seres. De lo cual se infiere que los llama-dos hasta aquí organismos, al igual de los demás fenómenos na-turales, tienen idéntico origen, ya que todos son producto de la actividad natural, originándose sus diferencias única-mente por las distintas fases que el movimiento evolutivo reviste en cada uno de ellos; por eso, de igual manera que todo elemento de una curva tiene carácter propio y exclusi-vo, sin dejar de ser parte de la línea que lo contiene, cada sér posee caracteres que de los otros le distinguen, aunque todos ellos formen parte de ese otro inmenso sér que se llama Naturaleza.

Tal es la idea capital, la ley generalísima que Darwin estableció en la más clásica de sus obras, y toda la existencia del sabio, y todo el magnífico trabajo del naturalista fué, du-rante su vida, aducir pruebas y hechos que confirmáran la verdad que con tanto rigor y tanta severidad científica ha-bia enunciado. Y por la misma importancia de la teoría de la evolucion, por su alcance y trascendencia dentro y fuera de la ciencia natural, por la polémica que originó y por cuanto hizo adelantar la ciencia, pienso yo que haber habla-do de esta teoría, siquiera no más en su sentido de mayor generalidad, es decir cuánto ha valido aquel sabio eminente que echó las bases sobre que se levanta la más racional, la más lógica de las concepciones del mundo.

o o

Si el hombre se refleja en sus obras, quien lea y estudie las de Darwin formará, sin duda alguna, juicio parecido ó casi igual al emitido á propósito de tan eminente naturalis-ta. Desde aquel libro en que hizo su debut científico, tra-tando de los arrecifes de coral, para cuya explicacion y formacion enunció una teoría que todavía se tiene por la más conforme con la verdad, hasta sus incomparables estu-dios acerca de la tierra vegetal, y de la influencia que en su constitucion tuvieron y tienen los gusanos, obsérvase siem-pre rigor en los métodos, precision en los experimentos, seriedad en las leyes emitidas, y sobre todo, conciencia plena y entera seguridad en las conclusiones; que nunca á va-ron tan esclarecido faltaron aquellas altas dotes de circuns-peccion y severidad indispensables en quien trata de fundar un sistema y de crear una escuela.

No precisamente por su tendencia, que en todas es la misma, sino por el objeto especial de cada una, pueden cla-sificarse ó agruparse las obras de Darwin en dos series, abur-cando la primera las de carácter general, y la segunda las

que tratan especialmente de asuntos de Zoología, Botánica ó Geología. En la primera serie comprendense, entre otras ménos importantes, el *Viaje de un naturalista*, *Variaciones de los animales y de las plantas*, *Origen de las especies*, *Descendencia del hombre*, y *La expresion de las emociones*; y en la segunda, *Las formas de las flores*, *Las Plantas trepadoras*, *La Fecundacion de las orquídeas por los insectos*, *Las Plantas insectívoras*, *Fecundacion directa y cruzada de las especies vegetales*, *Facultad motriz de las plantas*, y muchos otros trabajos referentes á Zoología y Geología.

Comenzó Darwin sentando los precedentes de la teoría que lleva su nombre en las observaciones consignadas en el diario de su viaje al rededor del mundo; observaciones curiosísimas, nuevas y por todo extremo interesantes, que, perfectamente metodizadas, constituyen uno de los libros más amenos é instructivos, uno de esos libros que atraen el interés del lector hasta el punto de no poder suspender su lectura, segun es bello su contenido. A esta obra, en que Darwin describe su viaje, debe dársele mucha importancia; es el trabajo de un jóven que comienza; es el primer paso dado en firme por un naturalista; pero hay en ella sinceridad tan grande, tanto entusiasmo por la ciencia, sentimiento tan delicado de la Naturaleza, que se adivina al sabio incomparable, al jefe más autorizado de la doctrina de la evolucion, al reformador insigne de la ciencia natural. Bastará citar un solo párrafo de este libro para comprender cuál era el sentido de Darwin respecto de los viajes del naturalista: «Me parece, dice hácia el final, que nada hay tan provechoso, para el naturalista que comienza, como un viaje á países lejanos, porque este viaje, al par que satisface, aguzza y aviva este deseo de saber que, segun Herschell, tienen todos los hombres.»

En la obra titulada *Variaciones de los animales y de las plantas por domesticidad*, se indica ya claramente el sentido de Darwin y la tendencia que, como una teoría perfectamente desarrollada, expuso en *El Origen de las especies*. Al estudiar la manera como cambian vegetales y animales cuando varían sus condiciones de vida, no es ya el naturalista que relata lo que vió en lejanas comarcas; no es el viajero que con galana frase refiere de un modo encantador sus impresiones; es el hombre de ciencia probando una afirmacion, el experimentador habilísimo é ingenioso que, saliéndose del rutinario camino, lleva sus investigaciones por derroteros de nadie seguidos; porque este libro es coleccion riquísima de valiosos datos, que, generalizados, vienen á establecer aquella ley de la influencia del medio, una de las fundamentales de la teoría de la evolucion. No otra cosa significa la domesticidad, sino cambio de medio de una parte y seleccion de otra; pues al mejorar las condiciones exteriores que concurren á la vida de los seres, éstos han de ser más perfectos; por cuya razon se comprende perfectamente la afirmacion del autor al admitir que, bajo el dominio del hombre, las plantas y los animales se modifican en sentido progresivo, ya que significa seleccion y mejora reunir condiciones ventajosas para la vida de los seres. De

igual manera que los ya perfectos producen otros más perfectos también, así un mismo sér es susceptible de mejora, perfeccion y progreso cuando, interviniendo el hombre en sus condiciones vitales, las mejora y á ellas se adapta, por virtud de su plasticidad, el organismo entero, que de esta manera se hace más fuerte para la lucha por la vida. Magníficas son las consecuencias que de esto se deducen. Por una parte, aumentado el poder reproductor con la mejora, llegase á la lucha por la vida; de otra, superviviendo los organismos más completos, se alcanza la magnífica ley de la seleccion, que explica perfectamente la evolucion de cuanto existe; así, por estas ideas aquí ligeramente expuestas, páreceme la obra de que hablo uno de los mejores y más importantes trabajos de Darwin.

Respecto del libro titulado *Descendencia del hombre*, bastará citar las palabras con que termina Vogt el Prólogo de la edicion francesa: «Darwin, escribe, toma al hombre tal como hoy se presenta; examina sus cualidades corporales, morales é intelectuales, é investiga las causas que deben haber concurrido á la formacion de cualidades tan diversas y complicadas. Estudia luégo los efectos que produjeron estas mismas causas al actuar sobre otros organismos, y hallando que son análogos á los producidos en el hombre, deduce que análogas causas debieron obrar. La conclusion final de estas investigaciones, practicadas con rara sagacidad, comparable tan sólo con la extraordinaria erudicion del naturalista, es que el hombre, tal como hoy lo vemos, es resultante de una serie de trasformaciones efectuadas en el transcurso de las últimas épocas geológicas.»

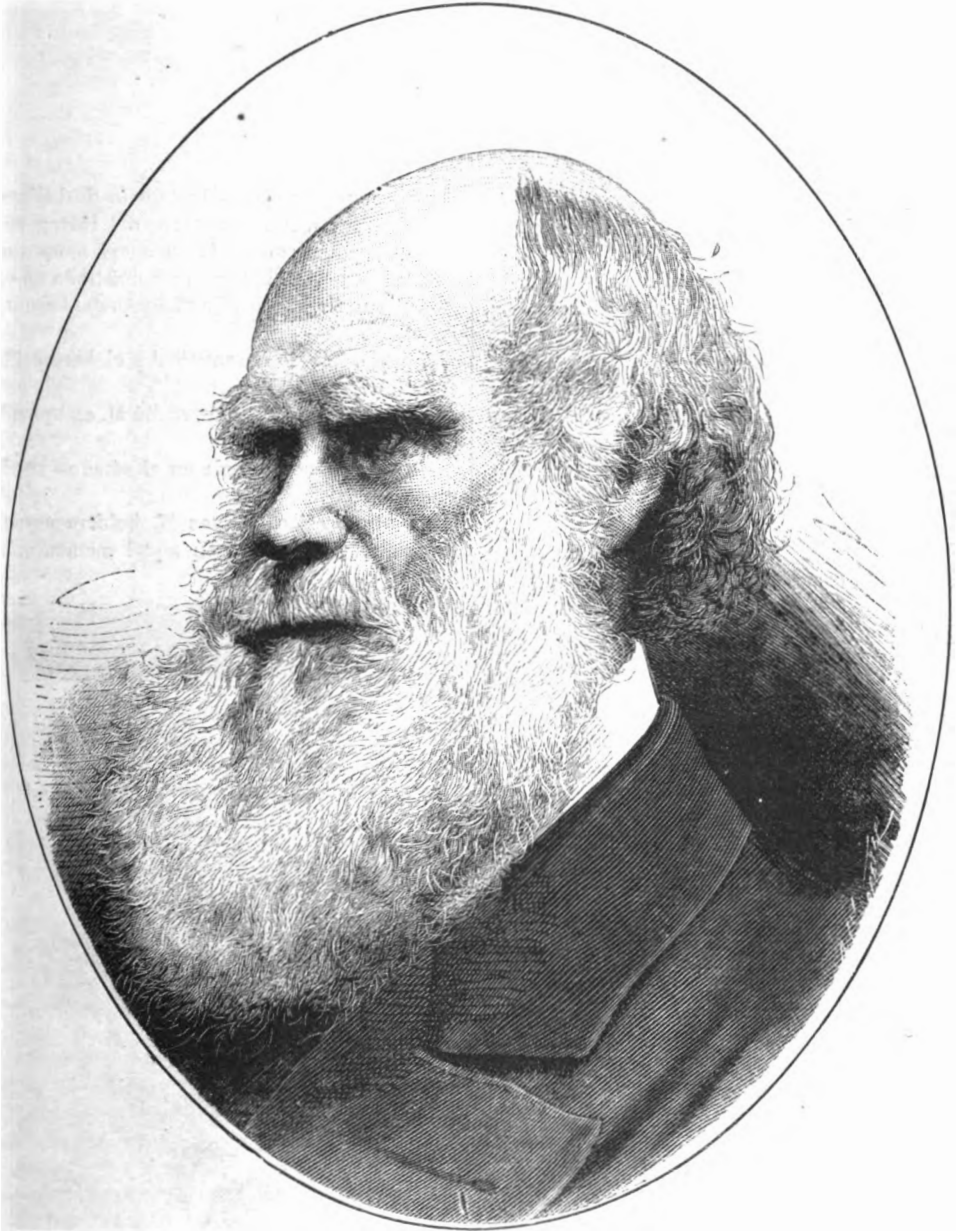
»Sin duda alguna, termina Vogt, estas conclusiones han de tener muchos contradictores. Esto no es un mal, porque la verdad nace de la contradiccion y de la duda.»

Bien quisiera, á permitirlo los límites de este estudio, ya largo y pesado, tratar de las obras especiales de Darwin, consagrando á cada una de ellas siquiera un recuerdo; pero, bien á mi pesar, habré de prescindir de ello, por no pecar de demasiado largo y minucioso, y además, en libros y revistas encontrará el lector que quisiera juicios más exactos y razonados que el mio.



En la abadía de Westminster, dentro de humilde sarcófago, al lado de los restos del gran Newton, descansa el cuerpo de Darwin; que en lugar tan eminente dió su patria sepultura honrosa, en el mismo recinto donde se guardan las cenizas de los sabios más esclarecidos de Inglaterra. El que vivió como Newton descansa á su lado; los restos de ambos guárdanse, cual reliquias preciosas, en aquella iglesia donde fueron sepultados Herschell y Faraday; su gran obra, su incomparable trabajo, queda en la humanidad; su espíritu se ha elevado á aquellas regiones sublimes de la eterna verdad, por la que tanto suspiraban en esta tierra de miserias y luchas.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.



CÁRLOS R. DARWIN,

naturalista inglés, autor de la célebre obra «*Del origen de las especies por la selección natural*».

Nació en Shrewsbury, en Febrero de 1809; † en Londres, el 19 de Abril de 1882.